

UN PSICOANÁLISIS TERRITORIAL POSIBLE EN UN DISPOSITIVO SOCIO-COMUNITARIO DE JÓVENES EN SITUACIÓN DE VULNERABILIDAD SUBJETIVA

Leconte, Mariana; Wanzek, Leila; Yorg Olivera, Úrsula
CONICET, Instituto de Investigaciones Geohistóricas (IIGHI) - Universidad Nacional del Nordeste. Corrientes, Argentina.

RESUMEN

A partir de nuestra práctica del psicoanálisis en dispositivos socio-comunitarios con jóvenes en situación de “vulnerabilidad subjetiva” (Dobón, 2006-12), nos preguntamos: ¿Cómo ejercer en estos territorios una praxis que no quede atrapada en la “preciosidad” o “rigidez” (Krymkiewics, 2008) de discursos hegemónicos totalizantes -como el experto, religioso o partidario- que obturan el movimiento discursivo (Lacan, 1969-70) y la emergencia del sujeto de lo inconsciente? ¿Por qué eludir las preguntas que el amor a lo inconsciente provoca, lo que se oye del deseo del sujeto en juego y que resuena en-cuerpo (Lacan, 1972-73)? ¿Qué efectos produce orientarse por una ética y política del psicoanálisis en estos territorios? Retomaremos los aportes de la enseñanza de Lacan en torno al discurso analítico y la extra-territorialidad para ceñir algunos aportes de la presencia de un analista que se encuentra con un sujeto en el “entre” de un dispositivo socio comunitario que trabaja con jóvenes en situación de consumo problemático de sustancias.

Palabras clave

Discurso analítico - Territorialidad - Dispositivo comunitario - Vulnerabilidad subjetiva

ABSTRACT

THE PSYCHOANALYTICAL PRACTICE IN A SOCIAL-COMMUNITY CENTRE WITH YOUNG PEOPLE IN SUBJECTIVE VULNERABLE SITUATION

Based on our psychoanalytical practice in a social-community centre with young people in “subjective vulnerable situation” (Dobón, 2006-12), we ask us the question: How to exercise in these territories a praxis that would not stay trapped in “preciosity” or “rigidity” (Krymkiewics, 2008) of hegemonic and totalizing speeches -as expert, religious or political-party’s ones-, which close the discursive formal proposal (Lacan, 1969-70) and the emergence of the Subject of the Unconscious? Why should we elude the questions that the love for the Unconscious cause, which is heard from the Subjects-desire at stake, and reverberating en-corps (Lacan, 1972-73)? Which effects produce to guide ourselves by an ethic and politics of Psychoanaly-

sis in those territories? We will summarize the contributions of Lacan’s teaching about Analytical Discourse and Exterritoriality in order to surround some contributions of the presence of an analyst, which find himself with a subject in the “between” of a socio-communitarian Centre, that works with young people taking problematic substances situation.

Keywords

Analytical discourse - Territoriality - Social community centre - Subjective vulnerable situation

Introducción

En tiempos donde el engaño del discurso capitalista -individualista y globalizador- mercantiliza los cuerpos y degrada los lazos sociales, se torna crucial avanzar con las indagaciones en torno a los efectos subjetivos que produce la presencia de un analista en dispositivos socio-comunitarios de jóvenes en situación de vulnerabilidad subjetiva. En este contexto, “los lazos sociales se fragilizan -cuando no se destruyen a partir de actos violentos- y los sujetos oscilan entre la masificación y el individualismo autístico del goce del propio cuerpo” (Wanzek, 2018).

Verificamos que es en los territorios socio-comunitarios donde prima el desamparo, la desesperanza y la falta de acceso a las oportunidades, dado el contexto de pobreza urbana persistente (Clemente, 2016), donde priman los discursos más feroces e intrusivos que arrasan con las subjetividades. En este sentido, el discurso analítico puede leer/escribir el modo en que los contextos de vulnerabilidad subjetiva inciden y redoblan el desamparo -estructural y contingente- inherente al traumatismo de *lalengua* en el *serhablante* y las particulares respuestas subjetivas de cada sujeto.

Algunas coordenadas para la lectura de las experiencias analíticas

Seleccionamos tres referencias teóricas para entamar las coordenadas que dan cuenta de cómo entendemos la posición analítica en contexto socio-comunitario y facilitan la lectura de algunos efectos de la presencia de un analista en el recorte de experiencias que presentaremos: a) abordaje del padecimiento

en términos de “valoración subjetiva” (Dobón, 2012); b) comprensión de la lógica de la intervención y sus efectos en términos discursivos (Lacan, 2008; 2012^a; 2012^b); c) lectura de esta posición discursiva en términos de no-extraterritorialidad (Lacan, 2000^a, 1985 y 1987).

Juan Dobón propone modificar el criterio de aquellos dispositivos que abordan el padecimiento en términos de “valoración del riesgo” por uno de “valoración subjetiva” (Dobón, 2012), poniendo en cuestión la dimensión particular de la posición de cada sujeto frente a los hechos acontecidos. Sitúa que es necesario distinguir el agente convocado como “evaluador” del que se posiciona dispuesto a alojar lo que allí se ha dicho como un acontecimiento en la vida de un sujeto. Un dispositivo como el analítico apunta a preservar el decir que porta el dicho del sujeto, el que nos permite tomar contacto con el estado de vulnerabilidad subjetiva -desgarro “del orden de un agujero real en el Otro”, donde la pregunta por el deseo del Otro “sólo encuentra fragmentos que han impactado en el cuerpo”- y abre quizás “un lugar posible donde el hecho mismo de narrar permita acceder a un estatuto del ser de verdad diferente. Cuestión ésta que podrá ser alojada *a posteriori* en un dispositivo bajo transferencia” (Dobón, 2012).

La noción de discurso nos sirve para pensar la lógica y los efectos discursivos que se presentan en las comunidades, instituciones y dispositivos en la época actual. Lacan define al discurso como lazo social que se funda y ancla en la forma como el lenguaje se imprime en el *serhablante*, como “un modo de funcionamiento, una utilización del lenguaje como vínculo (...) entre los que hablan” (1972-73, p. 41). En el *Seminario 19* (1971-72) postula que los discursos atrapan cuerpos y sitúa el inicio del análisis como *en-cuentro* de cuerpos. Por lo tanto, consideramos que cuando se interviene en territorios socio-comunitarios conviene tomarse un tiempo para leer en qué posición nos encontramos, cómo nos relacionamos con los otros y cuáles son los efectos de los lazos que tejemos, ya que siempre estamos dentro de un discurso y éstos atrapan los cuerpos. En ocasiones, con viento y contingencias a favor, se produce un movimiento que da lugar a “algo nuevo” que es signo de la emergencia del discurso analítico, como podremos verificar en las dos experiencias que recortaremos a continuación.

Finalmente, nos parece importante situar algunas formulaciones de Lacan en torno a la territorialidad, trazando un recorrido que da cuenta de nuestra posición ética y política al momento de intervenir en la juntura de los territorios de lo inconsciente y lo socio-comunitario. Lacan recurre a las Ciencias Sociales de su época para re-pensar críticamente el campo del psicoanálisis y diagnóstica como un “defecto” o “problema” el de “la extra-territorialidad” (Eidelsztein, 2008, p. 61).

Consideramos que para unir a nuestro horizonte “la subjetividad de la época” (Lacan, 1953, p. 309) es preciso traducir los padecimientos subjetivos en los términos de la lengua que se está hablando en cada momento socio, histórico y político, es

decir, situarlo en (con)texto (Wanzek, 2020). A partir de Lacan, sabemos que estamos afectados por haber sufrido una lengua entre otras, que no da lo mismo situarse dentro de un discurso que del otro. En el caso del discurso analítico, se trata de poder operar en el “entre” del *en-cuentro* de los cuerpos del sujeto y sus otros, incidiendo así a nivel de amor, deseo y goce. Para dar cuenta de esta posición discursiva, que es política respecto de cómo piensa el inconsciente, nos remitimos a tres referencias de Lacan en: “Situación del psicoanálisis...”, “Proposición del 9 de octubre...” y “Psicoanálisis y Medicina”. Allí leemos un Lacan que se sustrae del conjunto de los psicoanalistas de su época, a quienes denuncia posicionados extra-territorialmente y responsabiliza por eso. Por lo tanto, “si algo aprendimos de Lacan y su articulación a las Ciencias Sociales de su época, es que es preciso recortar un caso clínico en toda su complejidad: respetando el movimiento del deseo ‘entre’ lo universal, lo particular y lo singular. Poder pensar en un psicoanálisis territorial es poder repensar lo inconsciente situado en (con)texto en toda su equivocidad” (Wanzek, 2002).

José, del susto al lazo

El primer encuentro con José estuvo marcado por la frase: “De esto no se puede salir”. Tomado por este sesgo discursivo petrificado, se leyó que pidió ayuda con un “¿no?” que acompañó el final de la frase. La réplica, poniendo en duda la certeza con que las palabras de los otros cerraban las vías de salida, abrió una puerta para seguir hablando. Los ojos se iluminaron: “¿Ustedes dicen que se puede salir?”. “A veces pienso que consumo para olvidarme de que consumo” “No me gusta verme así”. A partir de ese día, empezó a venir con frecuencia. Se resquebrajaba el mármol de que se vestían los discursos barriales y familiares y afloraba la palabra. Entre risas y mates, la siguiente vez narró un episodio, antesala de su abandono de la Escuela en 2do año del Secundario, que abrió los encuentros al relato de la historia familiar: “Yo estaba re drogado esa vez, y estaba tomando tereré con una compañera, y el profesor me dijo que prestara atención y que además no se podía tomar tereré en clase. Mi compañera le dijo algo, el profesor le habló fuerte, y ahí yo le salté y le saqué un cuchillo, y me echaron de la clase [ríe]... Y, después, el profesor, cuando volví a los días, me miraba nomás [como asustado], “buen día, José, me decía [reía]. Pero yo andaba muy mal ahí, y al final dejé de ir nomás. Yo dejé de ir... me iba drogado a la Escuela. Tomaba pastillas en esa época”. José saltó en defensa de una compañera con un cuchillo, ante un profesor que “le habló fuerte” y el efecto fue el susto del profesor, que en su narración le causaba gracia. Queda configurada una escena en la que José defiende a una mujer, asustando al agresor. Primeros indicios de una posición subjetiva que, al mismo tiempo que le sirvió de resguardo frente a un Otro violento de la infancia, constituyó la trampa que el consumo sostuvo.

En los siguientes encuentros, José narrará un recuerdo traumático que situará al comienzo de su adolescencia, a los 11 años:

una escena en que presencia el momento en que el padre le pega a su madre y describe como insoportable. Al momento del inicio de la pubertad, lo traumático de la irrupción de la sexualidad y el trastocamiento de la imagen del cuerpo, vino asociado, en su relato, a una violencia y goce del Otro frente al que quedó inerte. Localiza la causa del estrago de la pareja parental en la adicción del padre al alcohol, que marcó también la ruina económica de la familia: “lo echó todo a perder”. Antes de eso, tenían una tienda de venta de ropa, viajaban a Bolivia a comprar la mercadería, podían vestir bien. El “no poder dejar de tomar” con que se refiere a su consumo de cocaína, guarda la seña de una identificación al padre, en la impotencia. La pregunta que resuena es si, dentro de todo lo que el padre echó a perder, está incluido él como sujeto, ¿también el lugar que asume de objeto desecho que no deja de tomar “merca (deria)”?

En sus venidas al *container*, a veces se presentaba eufórico por haber podido estar sin consumir algunos días, y otras, después de unos días de consumo extremo o incluso bajo los efectos del consumo, se presentaba caído, desanimado, bajo el peso de los discursos familiares que lo dejaban solo: “mirá cómo venís”, “mirá cómo andás”, “soy un desastre”, “soy un niño horrible”. “Niño horrible, niño horrible” repitió en varias ocasiones en que, además, temía asustar, o se cuidaba de no hacerlo, o pensaba que nos asustaríamos de él por cómo estaba, por su pinta, por su cara. Cuando estaba bien, por el contrario, o cuando tenía algo de dinero, le gustaba comprarse ropa-“merca(deria)”, estar bien vestido. Como esforzándose por romper, de algún modo, la imagen fija que lo entrampaba. Quizás, la de “un bicho que asusta” como aquel que jugó a ser en su infancia, cuyo relato trajo un día y donde jugando con la hermana, en el patio de su casa, algún animal los asustó y él actuó a ser un bicho, logrando así espantarlo. De allí parece provenir el significativo “niño horrible”, con el que es común que lo apoden en su familia, y que ha coagulado una posición defensiva, pero al mismo tiempo una trampa que lo empuja a un consumo que lo fija en ese ser de “niño horrible”. Asustar, como un bicho, como “niño horrible”, se había convertido para José en una forma de defender y defender-se. Imago yoica, “estatua” que opera como una “... *armadura* por fin asumida de una identidad enajenante”, que, como señala Lacan “va a marcar con su estructura *rígida* todo su desarrollo mental” (2000, p. 90. El subrayado es nuestro)

Bajo los efectos del consumo, temía “asustar” y “no poder dejar de tomar”. Dos rasgos paternos. *Actuar* (incluso jugar desde su infancia) el susto, primero *padecido*, fue quizás un modo de inscribir su potencia real. Del motivo por el cual volvió a consumir en exceso, decía: “porque tenía plata nomás”, “yo digo que porque me gusta”. ¿Identificación al padre, en su vertiente de goce, consumo/ruina? Tomar [cocaína, en su caso] para no tener plata, para mantenerse arruinado y monstruoso en el lazo al Otro. Las intervenciones de la analista, lejos de la interpretación, se dirigieron en esas circunstancias a sostener un lazo amoroso, que lo alojara, vaciado de goce y de imagen, que le ofreciera

sostén a la posibilidad de ser otra cosa que un “niño horrible” o un “bicho que asusta”. El lazo a la analista, ofreciéndole la posibilidad de enlazarse a un Otro diferente, restituyó algo de la dignidad del sujeto del inconsciente por la vía de la restitución de la palabra. La oferta de la analista *en-cuerpo* y vía la palabra, le permitió desplegar algunos actos que, como primeras marcas, fueron haciendo trama subjetiva y humanizante (salir a caminar con una amiga, hacer trabajos de albañilería con un profesor que valoraba su modo de trabajar, generar vínculos en los que era reconocido como digno de confianza, etc.) que lo diferenciaban del “bicho” o “niño horrible”. En esa trama, aparecían proyectos (salir de las deudas con los prestamistas, recuperar su tarjeta del Plan Social, comprarse ropa, comprar materiales para construirse una habitación en la casa de la mamá) “voluntariosos”, los que desde el espacio analítico se acompañaron, permitiendo su despliegue en el enlace con otros (amigos, instituciones, espacios comunitarios), a los que refería en su discurso y con quienes podía mirarse en otro espejo (lo reconocían, confiaban en él, valoraban lo que hacía), relacionarse de un modo diferente (compartir un mate, estudiar, pasear, conversar) respecto del empuje al goce de su contexto social y familiar. Enlaces que constituyeron salidas posibles del encierro en que quedaba, tanto en su consumo como en sus intentos voluntariosos de “parar” desde la obediencia a la voz de un feroz superyó que le mandaba: “tenés que poder salvarte solo” - “yo nomás tengo que dejar”, “si yo tengo todo acá para...” - a las palabras de su padre y sus hermanos, que, en el mismo sentido le “hablaban”, exigían e insultaban, (con palabras que bien valían como golpes) dejándolo en la impotencia.

En una ocasión, llegó bajo los efectos del consumo con “un machete en la mano”. Sin embargo, se apresuró a aclarar que venía de hacer una changa de corte de césped, para que la analista no se asustara. José apoyó el machete sobre una parrilla y entró al dispositivo socio comunitario. No quería quedarse, decía que era un desastre, que no quería que lo vieran así. La intervención de la analista consistió en equivocarse la cosa, no asustarse, acompañarlo, alojarlo así, insistiendo en que se quedara. Quedándose fuera de su horario, la analista encarnó un gesto de cuidado, desde una posición amorosa, permaneciendo junto a él en esas circunstancias hasta asegurarse de que estuviera a resguardo. Un gesto que no había aparecido hasta ahora en sus otros y que le permitía, en un nuevo modo del lazo, acotar el goce de la mirada feroz del Otro por la vía del deseo y ser al menos una vez objeto causa en lugar de desecho en el lazo al Otro. Un lazo amoroso le permite, de este modo, equivocarse la cosa. “La cosa” de lo familiar-siniestro, lo *unheimlich*, en el sentido freudiano. Este encuentro marcó un antes y un después que, por los efectos subjetivos que leemos retroactivamente, podemos decir que operó como acto analítico sostenido en el deseo de la analista. A partir de allí, José pudo empezar a hacer otro tipo de lazo a sus otros, -uno que arma trama subjetiva y ya no de empuje al goce del objeto droga y deshecho-; ubicándose como obje-

to causa de deseo y tomando decisiones. Resolvió retomar sus estudios secundarios, y se movió para hacerlo posible generando algunos cambios y realizando diferentes gestiones -en este momento fue fundamental el trabajo en red con organismos e instituciones con las que el Dispositivo articula hace varios años en el territorio; decidió salir de deudas y empezar a ahorrar para hacer realidad su deseo de ir a vivir con su madre y hermana; y por último solicitó un espacio individual con la analista. Fue el primero de los jóvenes del dispositivo en hacerlo, y su demanda abrió el espacio a sus compañeros, por lo que la torsión producida en esta demanda individual en el sentido de una inversión de la lógica de la demanda -ahora sostenida explícitamente por un joven- nos permite considerar cómo el efecto sujeto inicia un movimiento que trasciende al plano colectivo empujando a la vida y la construcción de nuevos lugares.

Caminante, un lugar y movimiento

Un joven en una esquina, en medio de un grupo reunido en torno al objeto de consumo ilimitado, dispara preguntas: “¿Qué hacen acá, alguien les paga? Con el calor que hace, ¿ustedes sentados acá? ¿Qué buscan con los drogadictos? Acá ninguno va a rescatarse”. En una ocasión, se invitó a este joven a jugar al dominó. Largas partidas comenzaron a tener lugar en el *container* del dispositivo socio-comunitario. Siempre terminaban con una risa y una misma muletilla: “¡Isaaa!”. Esta se empieza a leer como un significante que expresa cierta satisfacción en el acierto y el fin de la partida. Luego, comenzaron a circular el mate, las galletitas o los almuerzos, que giraban en torno a estas partidas de dominó, entre risas y chistes.

En sus intentos de armarse un lugar, trabajaba vendiendo verduras, junto a un amigo. En varias ocasiones, manifestó el cansancio corporal y las dificultades para cargar por varios kilómetros la mochila con verduras. La analista le ofreció un carrito. Posteriormente, dice: “Weee, no sabés lo que nos salvaste con ese carrito, gracias a eso vendimos una banda y mi espalda no quedó a la miseria, una máquina ese bolsito con ruedas, ahí pusimos las verduras más pesadas, como el limón, las naranjas, calabazas y eso..., después yo fui solo, todo vendimos”. Acto seguido, dice a la analista: “¿Vamos a buscar naranjas y yo exprimo para unos tererés?”. Recorren varios puntos de venta del barrio, algunos que él suponía más baratos pero estaban cerrados. Al final del recorrido, de regreso al *container*, exclama: “¡No tenemos mate!, esperame en el *container* que veo si mi tía puede prestarnos uno”. “Ahora sí, ya estamos mejor. El mate es medio viejo nomás, pero zafa para hablar”. La analista interviene, devolviéndole la pregunta: “¿El mate para hablar?”. Caminante responde con sorpresa: “¡Isaaa!”. Luego, comienza un relato familiar y, en su decir, va situando “sin saberlo” cuál es el lugar de su deseo en el lazo al Otro y el del objeto droga: “Me fui de casa, estoy viviendo en lo de mi tía, eso...no sé si quiero contar todo. Bueno, vine a vivir a lo de mi tía porque me agarré con Luis. Mirá, acá me mordió, casi le rompo la cara a

trompadas, le pegué una, ya no me aguanté más. Qué te estaba por decir, ah sí, que en otro momento me hubiera perdido varios días, como cuando fui a ‘C’. Ahí no me importaba nada, igual que cuando me perdí en ‘R’ (otra ciudad) varios días, y cuando volvía los problemas estaban igual, mejor dicho, peor. En mi casa, lo mismo de siempre, un quilombo. Al ir a ‘R’, era imposible no comprar bolsas, y ahora voy y vengo sin necesidad de consumir y gastarme todo. En eso, también P me ayuda mucho, me dice “para qué gastas tu plata en esa porquería” y ahí menos todavía me dan ganas. Él vive con su mujer e hijo en la casa donde estoy también. Yo lo único que sigo consumiendo es un porro cada tanto, qué se yo, voy un ratito a la esquina y eso me relaja, no sé... más tranquilo, pero, empiezo a hacer distinto las cosas”. Cuando un Otro cuerpo, cuyo lazo se le vuelve significativo, como es el caso de P o la analista, lo aloja y despega del lugar del objeto desecho -resituándolo como causa de deseo (por ej. al decirle que “esa porquería” es el objeto droga y no él)- Caminante escucha, y responde queriendo regular su empuje al consumo y buscando proyectos que lo anclen a la vida. Los efectos de los discursos que empiezan a moverse, se muestran en las palabras que dan cuenta de la caída del objeto droga del lugar que taponaba la emergencia del deseo: “ya no me dan ganas”. La analista toma nota de esto y nombra al joven “Caminante” porque al caminar produce movimientos discursivos y comienza a *hablar-se*. Se interviene confirmándolo en ese lugar de sujeto deseante, vivo y en constante movimiento, a contramano del objeto coagulado en un goce mortífero: “Salir de tu casa, creo que es un buen movimiento, tal vez era necesario que pudieras tener un espacio propio”. A lo cual, Caminante responde con ese guiño subjetivo que indica que la analista está orientada y da en la tecla: “¡Isaaa!... ¿Cómo vamos a organizarnos para la cena del viernes?” -esta cena es un proyecto de él y pone en juego su gusto por la cocina, propiciando además el lazo social. El día de la cena, Caminante expresa con pesar: “¡No! ¿Qué viene a hacer ella acá?” La analista le pregunta a quién se refiere y él responde: “mi mamá, ‘empepa’, ¿quién la invitó? Yo me voy de acá”. La analista interviene diciendo: “metí la pata...al ir a buscar a los otros jóvenes, estaba ella. No sabía que era tu mamá y me preguntó si también podía venir con la joven embarazada y le respondí que sí, sin saber”. Caminante insiste: “No, pero yo entonces me voy”. La analista le dice que espere: “quedémonos acá adentro a terminar de cenar, ellos allá afuera, y listo. Contame qué te pasa, si querés voy y le digo que me equivoqué, que, si puede retirarse, así te quedas vos”. Caminante responde: “No, ahora no, que se queden a comer, pero nosotros nos quedamos acá. A mí me da vergüenza que venga así, un bajón, ella no va a dejar de tomar cerveza y acá no consumimos nada y estamos re bien. Siempre hizo y hace papelones porque es alcohólica y ya me molesta verla así, antes no, pero ahora sí, porque yo ya no quiero ser como ella”. Este tropiezo de la analista que entra en transferencia, posibilita a Caminante decir algo más de su padecimiento subjetivo. Algo de lo que se comienza a poner en

cruz del consumo, se vuelve problemático-o podríamos decir sintomático-, una piedra en el zapato del sujeto, al igual que ciertos lazos e identificaciones parentales mortificantes. Se comienza a trazar un borde que -vía el significante “Isa”- delimita lo propio y lo ajeno, lo íntimo y lo público; señal de esto es la emergencia de la vergüenza e incomodidad. En este momento, la analista interviene hablándole al sujeto y apostando al trabajo analítico: “eso habla del trabajo que venís haciendo, se reafirma lo que querés. Un caminante que no consume para estar bien, que se mudó a un espacio propio y ya no desaparece, sino que resuelve hablando, para ocupar su lugar, como el de ahora”. A lo que Caminante responde: “Pero ya no es el mismo de antes, y me bajonea verla así. Soy yo el que está cambiando y no quiero que vean que mi mamá es así, tampoco. Estamos ‘todo bien’ acá comiendo y tomando unas gaseosas, mates..., y viene así. Pero bueno, voy a disfrutar igual, acá estamos con los vagos que me acompañan, ustedes y mi sobrinita que también vino”. La analista concluye: “Es que tu lugar ya no es el mismo de antes, y la que se tiene que sentir incómoda es ella”. Caminante sanciona y se inscribe otro tanto y el corte que comienza a operar como límite al Otro con un: “¡Isaaa!”. Posteriormente, su madre se presentará llorando en la nueva casa de Caminante, pidiendo que regrese a su hogar familiar, y él decidirá no volver, lo pondrá en palabras y se armará su propio lugar que habita frente al *container* del dispositivo socio-comunitario.

Se produce un pasaje que va de habitar un “no lugar” socio-comunitario, familiar y subjetivo, a habitar un entre-lugares o *en-cuerpo* (Lacan, 1972-73) sostenido en el dispositivo analítico. Un lugar que en ese “entre” posibilita la circulación del deseo y el movimiento del cuerpo del Caminante, donde los objetos ofrecidos por la analista (domino, carrito, naranjas, mate, palabras) hacen de soporte y posibilitan el lazo social a un Otro amoroso como “algo nuevo” o inédito en su historia. Cada “Isa” inscribe un borde que opera de tope al empuje autoerótico y la fijación del goce, posibilitando un tratamiento por el deseo a partir de un nuevo lazo social que empuja a la vida y el amor.

Conclusiones preliminares

La presencia de un analista que se *en-cuentra* con un sujeto en el “entre” de un dispositivo socio-comunitario (*entre* cuerpos, *entre* discursos, *entre* territorios), en una posición ética y política no-extraterritorial, no sólo puede leer/escribir la *vulnerabilidad subjetiva* que producen los discursos feroces en los *contextos de pobreza urbana persistente* sino sobre todo amparar al abrigo de la palabra y el amor por lo inconsciente de un lazo social inédito, produciendo trama subjetiva y socio-comunitaria, siempre es constitutiva. El discurso analítico es un lazo inédito. Por ello, un psicoanálisis no-extraterritorial, desembarazado de la trampa de la “preciosidad” o “rigidez” -que puede atraparlo en su propio discurso y en los discursos totalizados de las prácticas institucionales o comunitarias- opera allí, en el *encuentro-de-cuerpos*.

El deseo de un analista en estos territorios de desamparo subjetivo produce efectos, en la *espera* de “algo nuevo”, de un movimiento, signo de la emergencia del sujeto del inconsciente, cuando aún es “por-venir”. Efectos tanto en los territorios de lo inconsciente como en los territorios socio-comunitarios. La apuesta del analista al sujeto, allí donde alguien se presenta como resto caído del lugar del deseo del Otro, con la presencia en-cuerpo y el lazo amoroso. Allí donde se esperan el susto, el rechazo, la detención o la muerte, donde el arrasamiento de la palabra y el sujeto, por los goces de los discursos familiares o del contexto social han hecho estragos, la apuesta del deseo del analista puede incidir en el encuentro con un sujeto a nivel del amor, del deseo y del goce, restituyendo algo de su dignidad subjetiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Clemente, A. (2016). “La pobreza persistente como un fenómeno situado”, en: *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, Año 6. Nro. 10. Buenos Aires.
- Dobón, J. e Rivera Beiras, I. (comp.) (2006). *La cultura del riesgo. Derecho, filosofía y psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. del Puerto.
- Dobón, J. (2012). “Hacia otro orden de Vulnerabilidad: Vulnerabilidad subjetiva”, *II Encuentro Internacional de la Red Interuniversitaria de Investigaciones en Psicoanálisis y Derecho - “Violencia, culpa y acto”*, 14 de abril de 2012. Disponible en <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1672>
- Eidelsztein, A. (2008). Por un psicoanálisis no extraterritorial, en *El rey está desnudo*. Revista del psicoanálisis por venir. Año 1. Nro. 1. Noviembre 2008. Buenos Aires: Editorial Letra viva.
- Krymkiewics, M. (2008). Ideas de Ignacio Lewkowicz sobre la extraterritorialidad sintomática del psicoanálisis, en *El rey está desnudo*. Revista del psicoanálisis por venir. Año 1. Nro. 1. Noviembre 2008. Buenos Aires: Editorial Letra viva.
- Lacan, J. (2012a). *El Seminario 17. El reverso del psicoanálisis* (1969-70). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012b). *El Seminario 19: ... O peor* (1971-72). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012c). *El Seminario 20. Aún* (1972-73). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2000). “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” en *Escritos 1*. Madrid: Siglo XXI Editores, pp. 86-93.
- Lacan, J. (1999). “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en: *Escritos 2*. Madrid: Siglo XXI Editores, pp. 565-626.
- Lacan, J. (2000^a). “Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956”, en: *Escritos 1*. Madrid: Siglo XXI Editores, pp. 441-472.
- Lacan, J. (1987). “Proposición del 9 de octubre de 1967”, en: *Momentos cruciales de la experiencia analítica*. Buenos Aires: Manantial, pp. 7-24.
- Lacan, J. (1985). “Psicoanálisis y Medicina”, en: *Intervenciones y textos 1*. Buenos Aires: Manantial, pp. 86-99.

- Wanzek, L. (2017). "Una perspectiva psicoanalítica de la primera infancia situada en (con)texto", en: *Memorias del IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Tomo III. Buenos Aires: Ediciones de la Facultad de Psicología.
- Wanzek, L. (2018). Efectos analíticos (con)textos comunitarios. De la serie "Pepita la pistolera" a la novela entre *Mujercitas*, en *La infancia intervenida. Ciencia, clínica y política. Colección Ensayos Lacanianos*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Wanzek, L. (2018). Lo público, lo íntimo y o (de)privado. Una experiencia de intersección del psicoanálisis con lo sociopolítico durante la primera infancia, en *La infancia intervenida. Ciencia, clínica y política. Colección Ensayos Lacanianos*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Wanzek, L. (2020). Políticas territoriales de infancia: lo que puede un gesto amoroso. Disertación en el Ciclo Infancias y Psicoanálisis: territorios y (des)bordes de lo infantil. Colegio de Psicólogos Prov. de Bs. As. Distrito XV. Clase del 02 de octubre de 2020. Inédito.